

No dexamos el dia siguiente de ir á casa de aquellas embusteras luego que la noche nos lo permiti6. Ellas nos tenian prevenida una gran cena. Inmediatamente que entramos en su casa nos quitamos las barbas postizas, arrimamos el hábito heremítico, y nos presentamos tales quales éramos. Ellas por su parte, por no parecer menos francas que nosotros, se descubrieron tambien ni mas ni menos como eran, haciéndonos ver todo lo de que son capaces las falsas devotas quando arriman á un lado las gazmoñerías de la aparente devocion. Pasamos casi toda la noche en la mesa, y no nos retiramos á nuestra gruta hasta poco antes de amanecer. Volvimos presto á repetir la visita, ó por mejor decir, seguimos el mismo método por espacio de tres meses, y gastamos con estas ninfas mas de las dos partes de nuestro caudal. Pero cierto zeloso lo ha descubierto todo dando parte á la Justicia, la qual debia hoy venir á la hermita para apoderarse de nuestras personas. Ayer mientras Ambrosio iba continuando su quèsta por la Ciudad, una de las beatas le puso en la mano un billete, diciéndole: una amiga mia me entreg6 esta carta, que iba ahora á buscar á un hombre para enviársela á Vmd. Muéstresela al hermano Juan, y tomen los dos sus medidas en informándose de su contenido. Este es aquel mismo billete que Lamela me entreg6 ayer en vuestra presencia, y el que me oblig6 á abandonar tan precipitadamente mi solitaria habitacion.

CAPITULO IX.

Del consejo que tuvieron Don Rafael y sus oyentes, y de la aventura que les sucedió al querer salir del bosque.

Quando acab6 Don Rafael de contar su historia, que á todos pareció demasiado larga, Don Alonso le dixo (por cortesía) que verdaderamente le habia divertido mucho. Despues de este cumplimiento tom6 la palabra el señor Lamela, y volviéndose á su compañero le dixo: Don Rafael, el sol está ya para ponerse, parecíame razon que deliberásemos sobre el partido que debemos tomar. Dices bien, le respondió Rafael: es menester pensar á donde hemos de ir. Yo, continu6 Lamela, soy de parecer que sin perder tiempo nos pongamos en camino, y procuremos llegar esta noche á Requena, para entrar mañana en el Reyno de Valencia, donde pondremos en movimiento los resortes de nuestra industria. Siento acá dentro de mi corazon no sé qué presagios, de que daremos golpes magistrales. Don Rafael, que tenia gran fe en sus presentimientos sobre estos asuntos, reputándolos infalibles, accedió luego

á su opinion. Don Alonso y yo, como nos habíamos puesto en manos de aquellos dos hombres de bien, esperamos sin hablar palabra la resulta de aquella conferencia.

Resolvióse, pues, que tomásemos la vuelta de Requena, y nos dispusimos todos para ello. Comimos un bocado, y despues cargamos el caballo con un pellejo de vino, y lo restante de las provisiones. Sobreviniendo la noche, de cuya lobreguez teníamos necesidad para caminar seguros, quisimos salir del bosque, pero aun no habíamos andado cien pasos, quando descubrimos por entre los árboles una luz que nos dió mucho que pensar. ¿Qué significa aquella luz? preguntó Don Rafael. ¿No sean quizá los corchetes de Cuenca despachados en seguimiento nuestro, que sintiéndonos en este bosque nos vengán á buscar en él? No lo creo, dixo Ambrosio; antes bien serán algunos viajeros, que cogiéndoles la noche se habrán refugiado aquí hasta que amanezca; pero en todo caso, porque puedo engañarme, quiero ir á reconocerlos yo, mientras tanto quédense los tres en este puesto, que vuelvo en un momento. Diciendo esto se fue acercando á paso de lobo hácia donde se dexaba ver la luz, que no estaba muy distante. Fué desviando con mucho tiento las hojas, los ramos y matorrales que le impedían el paso, y al mismo tiempo iba mirando y observando hácia todas partes con toda la atención que á su parecer merecía la cosa. Vió sentados sobre la yerba, al rededor de una

candela colocada sobre un montoncico de tierra, á quatro hombres, que acababan de comer una empanada, y de agotar un barril de vino que iban besando de mano en mano. A pocos pasos de distancia descubrió á un hombre y á una muger atados á un árbol, y un poco mas lejos un coche de camino con mulas ricamente enjaezadas. Desde luego sospechó que los quatro hombres que estaban sentados eran ladrones, y por la conversacion que los oyó acabó de conocer que no había sido temeraria su sospecha. Disputaban los quatro salteadores sobre quien había de poseer la dama que les había caído entre las manos, y trataban de sortearla. Instruido plenamente Lamela, volvió donde estábamos, y nos informó menudamente de todo lo que había visto y oido.

Señores, dixo entonces Don Alfonso, la muger y hombre que tienen atados á un árbol los ladrones, quizá serán una dama y un caballero de mucha distincion. ¿Y hemos de sufrir nosotros que sirvan de víctima á la barbarie, y á la lasciva brutalidad de unos infames asesinos? Creedme, señores, echémonos sobre esta vil canalla, y mueran todos á nuestras manos. Consintió Don Rafael, diciendo: yo estoy tan pronto á hacer una buena accion como una mala. Ambrosio por su parte protestó, que solo deseaba concurrir á una empresa tan loable, cuyas conseqüencias no podían menós de ser muy ventajosas para todos, y añadió: atrévome á decir que en esta ocasion el peligro no me ate-

256 *Las Aventuras de Gil Blas.*

moriza, y que ningun caballero andante emprendió jamás con mayor gusto ni valor hazaña alguna peligrosa en servicio de su dama. Pero si las cosas se han de vender por su justo precio, y si no se ha de hacer traicion á la verdad, el hecho es que el peligro no era grande, porque habiéndonos dicho Lamela que las armas de los ladrones estaban todas amontonadas en un sitio á diez ó doce pasos de ellos, nos era facil executar nuestra resolucion á mano salva. Atamos, pues, á un arbol nuestro caballo, y nos fuimos acercando sordamente y á paso lento á los ladrones. Acalorados éstos con el vino hablaban todos á un tiempo con voces desentonadas, rumor confuso que favorecia mucho al golpe de la sorpresa. Apoderámonos de sus armas antes que nos descubriesen, y disparándolas en un mismo punto todos quatro, apuntando cada uno al suyo quasi á boca de jarro, todos quatro ladrones cayeron tendidos en el suelo.

Agitado el viento con los tiros apagó la luz, y nos quedamos en una tenebrosa obscuridad. Sin embargo de esto, acudimos inmediatamente donde estaban atados el hombre y la muger: desatámoslos prontamente, pero estaban tan preocupados del terror, que no tuvieron espíritu ni voz para darnos las gracias por el bien que les hacíamos. Verdad es que aun ignoraban si nos debian mirar como á bienhechores, ó como á nuevos enemigos que los habian librado de los otros, quizá para tratarlos peor. Pero no-

so-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



J. Camaron lo dibujo.

M. Esteve lo gravó.

El Blas Dⁿ Alonso y compañeros matan á quatro ladrones y libran al Conde de Polan y á su hija serafina.

sotros procuramos aquietarlos quanto antes, asegurándoles que los íbamos á conducir á una venta, que segun decia Ambrosio, no distaba mas que media legua de allí, donde podrian recobrase del susto, descansar lo que les pareciese, y seguir despues libremente su camino. Despues de esta seguridad, que los consoló y los confortó grandemente, los metimos en su coche, y los sacamos fuera del bosque, tirando nosotros las mulas por el freno. Nuestros anacoretas fueron á visitar las faltriqueras de los vencidos. Volvimos despues á desatar y traer con nosotros el caballo de Don Alfonso, y nos apoderamos tambien de los de los ladrones, que estaban atados á varios árboles junto al campo de batalla. Montados en unos, y llevados otros del diestro seguimos al hermano Antonio, que habia montado en una mula del coche, haciendo de cochero para conducirlo á la venta, habiendo tardado dos horas en llegar á ella, aunque el señor Lamela nos habia dicho que distaba del bosque no mas que una media legua.

Llamamos á la puerta con gran fuerza dando terribles golpes, porque toda la gente de casa estaba profundamente dormida. Levantáronse, y vistiéronse de priesa el ventero y la ventera, que no mostraron el mas mínimo enfado porque los hubiesen despertado á lo mejor del sueño, quando vieron un equipage que prometia hacer mucho mas gasto del que efectivamente hizo. En un momento se encendieron luces por toda la venta. D. Alfonso y el
ilus-

ilustre hijo de Lucinda dieron el brazo á la dama y al caballero para ayudarlos á baxar del coche, sirviéndoles como de Gentil-hombres hasta el quarto donde los conduxo el ventero. Allí se hicieron mil cumplimientos recíprocos; y quedamos verdaderamente admirados quando llegamos á entender que los personages que habíamos librado eran no menos que el mismo Conde de Polan y su hija Serafina. ¿Pero quién podrá describir el asombro de esta dama y de Don Alfonso quando recíprocamente se reconocieron los dos? El Conde no atendió á este pasage porque estaba distraido. Púsose á contar muy por menor el modo con que habian sido atacados por los ladrones, y caido al fin en sus manos despues de haber muerto al cochero, á un page, y á un ayuda de cámara. Acabó diciendo que estaba infinitamente obligado á todos nosotros, y que si queriamos ir á Toledo, donde estaria de vuelta dentro de un mes, nos daria tales pruebas de su reconocimiento, que bastasen á hacernos conocer si era ingrato ó agradecido.

Ni á la hija de aquel señor se le olvidó darnos tambien mil gracias por la libertad que nos debia; y habiendo juzgado Don Rafael y yo que naturalmente gustaria Don Alfonso de que le facilitásemos el medio de hablar un rato á solas con aquella joven viuda, lo dispusimos prontamente divirtiendo y entreteniendo al Conde de Polan. Bella Serafina, dixo á la dama Don Alfonso en voz muy baxa, ya no me que-

quejaré de mi desgraciada suerte que me obliga á vivir como un vandido desterrado de la sociedad civil, habiendo tenido la fortuna de contribuir en parte al importante servicio que se os ha hecho. ¡Ah! respondió ella suspirando, ¿sois vos el que me habeis salvado el honor y la vida? ¿Sois vos á quien mi padre y yo debemos tanta obligacion? ¡Ah Don Alfonso! ¿por qué fuisteis vos quien dió muerte á mi hermano? No dixo mas, pero dixo lo bastante, y lo dixo en un tono mas que suficiente para que él conociese que si Don Alfonso amaba perdidamente á Serafina, no amaba menos ciegamente Serafina á Don Alfonso.

FIN DEL LIBRO QUINTO.

AVEN-